

LA GLORIA DEL CANON EN SILENCIO (I)

EXTRACTO DEL ARTÍCULO “THE GLORY OF THE SILENT CANON”, POR UN SACERDOTE DEL ORATORIO, TOMADO DE LA PÁGINA WEB DE “THE LATIN MASS SOCIETY” (www.latin-mass-society.org).

Cuando alguien asiste a la Misa Tradicional por primera vez, con frecuencia les sorprende que, la que obviamente es la parte más importante de la acción litúrgica, se haga en silencio. Aun en las misas cantadas, la consagración, se realiza en silencio. Es verdad que, desgraciadamente, algunas veces en nuestra historia litúrgica, ha habido abusos al respecto, como ej. el uso de música de órgano durante la consagración. Sin embargo, el modelo clásico del Rito Romano, es que después del canto del *Sanctus*, desciende un silencio, roto únicamente por la campana. Ésta es la gloria esencial del rito tradicional, su corazón. Creo que en nuestro ruidoso y clamoroso mundo moderno, este silencio es aun más necesario que lo fue para generaciones anteriores.

La razón de este silencio, hemos de buscarla en los inicios, cuando la conciencia litúrgica de la Iglesia, se dio cuenta que el milagro de gracia que ocurre durante el canon, corría el riesgo de trivializarse, al pronunciarse en voz alta; pues sería como si las sagradas palabras que hacen real el milagro, fueran como las de un vulgar discurso. El misterio de la presencia real, el milagro de la transubstanciación, la plegaria de la oblación; todo esto es sustancia de los cielos, de los cielos venidos a la tierra. Quizás mejor diríamos, que en el canon, la tierra se eleva a los cielos. Con el canon, el culto de la Iglesia no se hunde en el silencio. No, la verdad es que subimos al silencio, un contemplativo y a la vez impregnante silencio, sobre el cual flota el Espíritu Santo, un silencio atemporal que exhala la vida del Cielo.

El pío y tradicional instinto de la Iglesia, nos indica que las impresionantes palabras del Señor sobre el pan y el cáliz, deberían exhalarse otra vez, únicamente por medio de un sosegado y reverente susurro, procedente del humilde agente del milagro, el sacerdote que actúa *in persona Christi*. Son palabras, para no ser pronunciadas en voz alta, y mucho menos, el Cielo lo prohíbe, para cantarse. Éstas son palabras de amor, palabras para susurrarse con reverencia y temor. Éstas son las palabras de la nueva y eterna alianza, que cambió el mundo para siempre. Éstas son las palabras que hacen el Misterio de la Fe, accesible a la humanidad, en cada momento de cada día, hasta la vuelta del Señor.

En el Canon de la misa, después de la consagración, el velo que separa este mundo del paraíso, no es nunca tan delgado, tan ligero. Podemos recordar la feliz comparación de Monseñor Ronald Knox sobre la presencia eucarística, semejándola a “una ventana en el muro”. Con los ojos de la fe, nos encontramos con capacidad de ver más allá de este mundo, podemos profundizar en la realidad trascendente que es Cristo. Por ello, durante unos preciosos momentos, el Hijo de Dios, vendrá hasta nosotros; la Eternidad misma. La Persona Eterna se hace presente, y el silencio del canon, que rodea esa presencia, nos ayuda a apreciar la intemporalidad de Cristo. Porque, quien se hace presente es el Señor vivo, el señor resucitado, nunca más limitado por las leyes del tiempo y el espacio. Él es el poder, la fuerza, la belleza que llena y anima toda la creación. Su majestad debe esperarse en silencio, y adorarse en silencio.

En el silencio del Canon, los signos externos de la acción litúrgica, son aun más penetrantes: las genuflexiones, los gestos del celebrante, los repetidos signos de la cruz sobre la hostia. Estos numerosos signos de la cruz, hechos sobre la hostia después de la consagración, son tan importantes, yo me atrevería a decir, que aun más importantes,

que los realizados antes de la consagración. Después que los elementos del pan y el vino, se han transformado en el mismo Cristo, la Iglesia los señala repetidamente con el signo de la Cruz, y no para bendecirlos, porque todas las posibles bendiciones, ya las ha recibido en el milagro de la transustanciación. No, las cruces se hacen para designar a la hostia, una y otra vez, como el objeto del sacrificio, el mismo cuerpo y la misma sangre que fueron ofrecidos en la cruz, ahora glorificados y verdaderamente presentes en el altar. Estoy convencido, que omitir los signos de la cruz tras la consagración, nos hace correr el riesgo de debilitar nuestra fe en la identidad del sacrificio de la misa con el sacrificio de la Cruz. En el silencio del canon, esa total identidad es explícitamente afirmada, con los gestos litúrgicos del celebrante proclamando la Cruz, más poderosamente que podrían expresarlo las palabras.

LA GLORIA DEL CANON EN SILENCIO (II)

EXTRACTO DEL ARTÍCULO “THE BEAUTY AND SPIRITUALITY OF THE TRADITIONAL LATIN MASS” POR DAVID JOYCE, TOMADO DE LA PÁGINA WEB DE “THE LATIN MASS SOCIETY” (www.latin-mass-society.org).

1. “El silencio del Canon”

Todo el canon de la misa carece de sonidos vocales, excepto la frase “*Nobis quoque peccatoribus*”, cuando el sacerdote se golpea el pecho, realzando su pecado y su indignidad para celebrar tan inexpresable acción divina. El único sonido, es cuando suena la campana; inicialmente en el “*Hanc igitur*”, como aviso a los fieles de la próxima consagración, y a partir de entonces, tres veces en cada consagración: cuando se arrodilla el sacerdote antes de la divina oblación, cuando éste levanta a divina víctima en una elevación de culto y adoración, y finalmente cuando se arrodilla otra vez. Por lo demás, completo silencio.

¿Por qué este silencio, si el Canon es la parte más importante de la misa?. Simplemente, por ese mismo hecho. El canon de la misa une la esfera terrestre con la esfera celestial. El sacrificio de Cristo se realizó una vez y para siempre; es irreplicable, porque fue el eterno y perfecto sacrificio para acabar con todos los sacrificios. Sin embargo, como la víctima y el sacerdote eran Dios, Nuestro Señor Jesucristo en persona, los efectos son infinitos: toda la raza humana fue redimida, cualquiera que sea el lugar donde vivan, independientemente del tiempo y del espacio. Pero hemos de resaltar que el acto que Cristo realizó, ocurrió dentro de su Creación, y en un momento particular en el tiempo. Como consecuencia, para que el sacrificio de la Cruz llegue a ser efectivo por siempre, necesita ser perpetuado a través de los tiempos, por un sacerdocio que actúe como la persona de Nuestro Señor Jesucristo, presentando su sacrificio a las nuevas generaciones. Por esto Cristo construyó su Iglesia: para atraer las gracias de la Encarnación, para prolongar y “hacer presente” sus efectos a todos los hombres. El sacrificio de la Cruz y la consagración de la misa, son entidades intemporales en un mundo temporal.

En consecuencia, el silencio nos permite trascender nuestra existencia actual, y hacernos presentes al pie de la cruz. Nuestros sentidos tan activos en el mundo exterior, se aplacan, y así nuestra alma puede sentir la divina presencia de Dios en el altar, para que así podamos subir con la oblación del altar, hasta Dios en los Cielos, rodeado de todos los coros y ángeles, en constante oración y adoración. En efecto, nosotros hundimos nuestros pies, en el estanque de la eternidad, nunca mas limitado por nuestra existencia terrena, constreñida en tiempo y espacio, llegando a ser uno con nuestro Señor, y ofreciéndonos con Dios Padre, en un acto perfecto de autoentrega, amor y adoración.

Pero nuestros sentidos no están totalmente apagados. A través de nuestros ojos, vemos la sagrada víctima, elevarse hacia el Padre en forma de pan y vino; cerrando los ojos, vemos la cruz sobre nosotros rodeada de ángeles. En nuestros oídos, el sonido de las campanas, confirman lo que vemos y sentimos en nuestros corazones. Nuestro olfato, percibe el dulce olor a incienso, flotando hacia el cielo, acompañando a la víctima hasta el altar de Dios. Es verdaderamente una experiencia para el cuerpo y el alma, en donde la alfombra de la vida se barre desde el principio, revelándonos la eterna realidad de la cruz, y la verdad del amor de Dios para todos y cada uno de nosotros.

Utilizar palabras habladas en el canon, desafiaría esta divina realidad, parecería como si rebajásemos estas acciones, al nivel de nuestra conversación. Debemos sentir

en nuestro corazón y nuestra alma, el acto que está realizándose, no oyendo con nuestros oídos, las palabras que materializan la acción. Solamente el silencio puede penetrar este misterio, con nuestro espíritu elevándose sobre las acciones temporales del sacerdote, hacia la divina y eterna realidad del Sumo Sacerdote: nuestro Señor en la Cruz.